

MUERTE Y PROCREACIÓN: FERNANDO VALLEJO Y LOS ATAQUES A LA SEXUALIDAD NORMATIVA.

Atilio RUBINO.
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
ARGENTINA

Introducción

Tanto la muerte como, sobre todo, la procreación son una constante en varios textos Fernando Vallejo¹. El presente trabajo intenta realizar un análisis de la novela *La Virgen de los Sicarios* (1993) a partir de estos dos ejes: muerte y procreación y su importancia como ataque o puesta en cuestión de la sexualidad normativa.

Me interesa señalar no sólo la omnipresencia de la muerte en *La virgen de los sicarios*, casi una obsesión que recorre todo el texto, sino también la relación entre vida y muerte, su oposición, inversión, analogía, y hasta enfrentamiento. En la novela, se equipara, por un lado, amor a muerte; por otro, la vida se asocia con la procreación, la superpoblación, la pobreza y la violencia. A la vez, en los textos del autor, se ataca fundamentalmente a la Iglesia y a la familia patriarcal.

Quiero comenzar por una cita de la novela. En sus recorridas por Medellín, Fernando, el narrador, se encuentra en un barranco con un cartel que reza: “PROHIBIDO ARROJAR CADÁVERES”, e, irónico, enuncia: “A mí que no me metan en camisa de ataúd por la fuerza: que me tiren a uno de esos botaderos de cadáveres con platanar y prohibición expresa, escrita, para violarla, que es como he vivido y como lo dispongo aquí” (VALLEJO, 2006: 48).

Lo interesante es que en esta analogía entre la vida y la muerte se condensa cierta alegoría sobre la libertad sexual. El narrador quiere morir como ha vivido: con libertad, siempre y cuando ésta constituya la violación de una prohibición. Se hace referencia, por tanto, a una norma de vida y a su respectiva trasgresión.

La novela

Narrativamente, lo que sucede en *La Virgen de los sicarios* (1993) es muy poco. Fernando, el narrador en primera persona de la novela, es un gramático colombiano que regresa a Medellín después de décadas de ausencia, “vuelto un viejo, a morir” (VALLEJO, 2006: 6). Allí conoce a Alexis, un joven sicario con quien emprende una relación amorosa que durará hasta la muerte de éste último. Junto a Alexis, “la razón de esta historia” (VALLEJO, 2006: 35), el narrador recorre las calles de la ciudad, y realiza un periplo por sus Iglesias, al tiempo que da un pantallazo a la violencia y delincuencia presentes en Medellín. A su paso, Alexis va asesinando gente, como un modo de agradecimiento o, mejor, un acto de amor hacia Fernando y se convierte así en su “ángel exterminador”. Luego, Alexis muere

¹ El colombiano Fernando Vallejo (1942-) es, además de escritor, cineasta, biólogo y músico. Ha escrito diez novelas (la mitad de las cuales conforman el volumen autobiográfico *El Río del tiempo*), biografías de dos poetas colombianos (Porfirio Barba-Jacob y José Asunción Silva), una gramática (*Logoi: una gramática del lenguaje literario* (1983)) y tres ensayos (*La Tautología darwinista*, *Manualito de imposturología física* y *La Puta de Babilonia* (2010)).

asesinado por un sicario, Wílmар, con quien el narrador Fernando comienza, sin saber que es el asesino de Alexis, una nueva relación amorosa. Cuando Fernando se entera de que Wílmар es el culpable de la muerte de Alexis, piensa en matarlo para vengarse pero no se atreve a hacerlo. La relación (y la trama de la novela) concluye con la muerte por asesinato del segundo sicario, Wílmар.

La relación

Es interesante señalar que ninguna de las dos relaciones que el protagonista narrador tiene con los dos jóvenes sicarios antes mencionados constituyen relaciones asimétricas, es decir, aquella que está marcada por roles binarios o por el sometimiento o adoctrinamiento de uno respecto a otro. Contrariamente a lo que podría esperarse a partir de las diferencias de edades y de clase social, en *La Virgen de los sicarios*, esto no ocurre. No se produce una relación de aprendizaje o de maestro-alumno ni en lo sexual ni en otro sentido. Ambos interactúan de igual a igual y enriquecen sus experiencias.

Quiero señalar, por un lado, la omisión del acto sexual. Al inicio de la novela, cuando Fernando y Alexis se conocen y tienen relaciones por primera vez en el cuarto de las mariposas, el acto sexual es explícitamente elidido: “Alexis empezó a desvestirme y yo a él; él con una espontaneidad candorosa, como si me conociera desde siempre, como si fuera mi ángel de la guarda. Les evito toda descripción pornográfica y sigamos” (VALLEJO, 2006: 11). Lo mismo ocurre en la primera relación sexual con Wílmар: “Vuelvo y repito: no hay que contar plata delante del pobre. Por eso no les pienso contar lo que esa noche antes de dormirnos pasó” (VALLEJO, 2006: 99)

De esta manera, al elidirse el acto sexual, resulta imposible para el lector fijar roles binarios, como activo-pasivo o amante-amado en el sentido de superioridad o sometimiento de uno respecto al otro. Es decir, no se sobreimprimen los cuerpos con roles o papeles binarios heteronormativos.

Asimismo, más adelante esgrime otra causa por la cual se elide el acto sexual:

Sí, nuestro amor nocturno. Nuestras noches encendidas de pasión, yo abrazado a mi ángel de la guarda y él a mí con el amor que me tuvo, porque debo consignar aquí, sin jactancias ni presunción, lo mucho que me quería. Es de poca caridad, ya sé, exhibir la dicha propia ante la desgracia ajena, contarle historias de amor libre a quien vive prisionero, encerrado, casado, con mujer gorda y propia y cinco hijos comiendo, jodiendo y viendo televisión. (VALLEJO, 2006: 24)

No se trata, según el narrador, de una omisión pudorosa, sino, por el contrario, de no ostentar u hacer alarde de una sexualidad liberada de las ataduras hetero-normativas.

Por otra parte, los dos códigos lingüísticos, el del gramático viejo que vive en el extranjero y el del sicario de las comunas, se acercan y dialogan pero no se subordina uno al otro, tampoco se emparejan o se armonizan, sino por el contrario, uno aprende del otro, Fernando de Alexis, y Alexis de Fernando. En opinión de Fernández L'Hoeste, “El mérito léxico reside, de manera innegable, en su legitimación de voces provenientes del habla de los sicarios. Vallejo puede que sea gramático, mas no es purista (...) De esta manera rescata e integra un vocabulario callejero al hábito de las letras colombianas” (FERNÁNDEZ L'HOESTE, 2000: 764). En efecto, hay una defensa, más o menos sutil pero que a veces se manifiesta con más fuerza, del lenguaje de las comunas, en el sentido de lenguaje libre, de “pureza incontaminada de letra impresa” (VALLEJO, 2006: 46)

Por otro lado, hay una diferencia generacional en la concepción de la sexualidad de ambos. Cuando Alexis le pregunta si le gustan las mujeres, Fernando contesta “que sí y que no, que dependía”: “Le expliqué, en serio, que por cuanto a la fisonomía se refería, las únicas dos con que me había acostado sí, sí me habían gustado, pero ahí acababa la cosa porque para mí las mujeres era como si no tuvieran alma.” (17)

En cambio, cuando el narrador le devuelve la pregunta, para su sorpresa, Alexis reacciona de manera muy segura y decidida:

«No», contestó, con un «no» tan rotundo, tan inesperado que me dejó perplejo. Y era un «no» para siempre: para el presente, para el pasado, para el futuro y para toda la eternidad de Dios: ni se había acostado con ninguna ni se pensaba acostar. Alexis era imprevisible y me estaba resultando más extremo que yo. Conque eso era pues lo que había detrás de esos ojos verdes, una pureza incontaminada de mujeres. Y la verdad más absoluta, sin atenuantes ni importarle un carajo lo que piense usted que es lo que sostengo yo. De eso era de lo que me había enamorado. De su verdad. (VALLEJO: 2006: 18).

Es importante destacar que el narrador resalta la verdad y la pureza en la respuesta de Alexis. De la verdad dice que es aquello de lo que se enamora. Esa verdad convierte en mentira, en embuste o simulación la posición de Fernando al respecto, posición más sometida a una sexualidad normalizada. Asimismo, resalta la relación de esa “pureza” con su educación religiosa misógina. En efecto, para justificar su posición, Fernando le dice: «Es que yo estudié con los curitas salesianos del colegio del Sufragio. Con ellos aprendí que la relación carnal con las mujeres es el pecado de la bestialidad que es cuando se cruza un miembro de una especie con otro de otra, como por ejemplo un burro con una vaca.» (17-18). Al respecto Héctor Fernández L' Hoeste afirma:

para denunciar la nocividad tras el inculcamiento del pecado y el sentimiento de culpa, labor que tilda de hipócrita, Vallejo se remite a su experiencia personal. La emplea, según escribe, a modo de ejemplo paródico, justificando su homosexualidad. (...) La cita sirve, no sólo para ventilar la homosexualidad encubierta, hija del dogmatismo homófobo, sino también para denunciar el dictamen desigual ratificado por la Iglesia, según el cual la mujer queda relegada a un papel de segundo nivel. (FERNÁNDEZ L'HOESTE, 2000: 764)

La educación religiosa y la normalización sexual son puestas en jaque por el discurso irónico del narrador que envía a la hetero-normatividad al lugar de la abyección, erigiendo, al mismo tiempo, a su práctica sexual como la más pura. De esta forma, invierte la sexualidad normativa, el sentido de su educación en la moral y sexualidad cristiana, convirtiendo la prédica del pecado de la carne en un argumento a favor de la homosexualidad.

La muerte

La muerte es fundamental en las dos relaciones que el narrador protagonista establece con Alexis, primero y Wilmar, después. Por otro lado, la muerte se encuentra muy intrincada al amor. El verbo enamorarse, en el lenguaje de las comunas, significa tener que matar: “Como cuando un muchacho de allí dice: «Ese tomo está enamorado de mí». Un «tomo» es un policía, ¿pero «enamorado?» ¿Es que es marica? No, es que lo quiere matar. En eso consiste su enamoramiento: en lo contrario.” (VALLEJO, 2006: 58). Se opone, entonces, el amor al asesinato, ambos significados del mismo verbo 'enamorarse'. Toda la relación de Fernando y Alexis se teje en torno a la muerte. Alexis mata a quienes se interponen o molestan a Fernando. Así, gran parte del relato lo constituye el catálogo de los asesinatos de Alexis perpetrados para Fernando. Paradójicamente, son homicidios realizados por amor y, por tanto, Alexis se redime mediante ellos, escapando, de alguna forma, a su destino de

sicario, pues no lo hace por dinero sino, como se dijo, por amor. Desde un lugar doblemente abyecto, pues es un asesino de clase baja y homosexual, se libera por amor de sus lugares establecidos, sexuales y sociales.

Por otro lado, resulta de fundamental importancia la muerte de Alexis, pues cuando ésta sucede, Alexis pronuncia por primera vez el nombre del narrador, Fernando:

Íbamos por la Avenida La Playa entre el gentío (...) cuando de frente, zumbando, atronadora, se vino sobre nosotros la moto: pasó rozándonos. «¡Cuidado! ¡Fernando²!» alcanzó a gritarme Alexis en el momento en el que los de la moto disparaban. Fue lo último que me dijo, mi nombre, que nunca antes había pronunciado. Después se desbarrancó por el derrumbadero eterno, sin fondo. (VALLEJO, 2006: 82)

Unas páginas más adelante, el narrador vuelve sobre el tema y se pregunta “¿por qué si durante los siete meses que anduvimos juntos pudo evitarlo tenía que pronunciarlo entonces? ¿Era la revelación inesperada de su amor cuando ya no tenía objeto? (VALLEJO, 2006: 86).

El nombre del narrador en boca de Alexis agonizante constituye un nuevo bautismo, le otorga entidad a Fernando que se ve reflejado en ese otro que lo nombra. Un poco antes el narrador había afirmado:

Quinientos años me he tardado en entender a Lutero, y que no hay roña más grande sobre esta tierra que la religión católica. Los curitas salesianos me enseñaron que Lutero era el Diablo. ¡Esbirros de Juan Bosco, calumniadores! El Diablo es el gran zángano de Roma y ustedes, lambeculos, sus secuaces, su incensario. Por eso he vuelto a esta Iglesia del Sufragio donde sin mi permiso me bautizaron, a renegar. De suerte que aunque siga siendo yo yo ya no tenga nombre. Nada, nada, nada. (VALLEJO, 2006: 69-70)

Reniega de su nombre porque es una imposición mediante el bautismo. Su verdadero bautismo es la muerte de Alexis. Al nombrarlo, el sicario le da entidad, identidad. Lo convierte en alguien redimido por el amor, deja de ser un muerto vivo, como son todos. Los asesinatos y el acto de dar nombre son actos que los salvan de la abyección y del olvido, que es la verdadera muerte, según el narrador: “He dejado de ser uno y somos dos: uno solo inseparable en dos personas distintas. Es mi nueva teología de la Dualidad, opuesta a la de la Trinidad: dos personas que son las que se necesita para el amor; tres ya comienza a ser orgía.” (VALLEJO, 2006: 56)

La procreación

Ahora voy a referirme al ataque contra lo que Vallejo llama “la paridera”³, la sexualidad procreativa en tanto sexualidad (hetero)normativa, patriarcal y binaria; y la consecuente defensa de una sexualidad abyecta⁴. En la novela, como ya adelantamos, la muerte adquiere valores muy disímiles, entre ellos un valor positivo de finalización del dolor y el horror de la vida que contrasta y se enfrenta con la procreación, como comienzo del horror: “Mi señora Muerte pues, misía, mi doña, la paradójica, es la que aquí se necesita. Por

² La identidad entre el nombre del personaje narrador y el del autor es un claro procedimiento autoficcional, pues implica la ambigüedad del pacto de lectura que no resulta ni ficcional ni autobiográfico. Para un análisis de la obra autoficcional de Vallejo, ver Villena Garrido (2005).

³ Jacques Joset vincula la obsesión de Vallejo con la muerte a la idea de vacío en tanto “deseo de agotar la reproducción humana” y “desmoronamiento del Estado colombiano” (JOSET, 2010: 185)

⁴ Tomo el concepto de abyección de Judith Butler (1990), que entiende por tal a lo que está eyectado del sistema, es decir, marginado, fuera de lo “normal”. Lo llamado abyecto por Butler es lo rechazado que al ser patologizado logra delimitar qué es ‘normal’ y qué no. En este sentido, lo abyecto resulta necesario para que el sistema perviva, para que lo ‘normal’ sepa que es ‘normal’.

eso anda toda ventida día y noche en su afán haciendo lo que puede, compitiendo con semejante paridera, la más atroz” (VALLEJO, 2006: 58)

Aparece aquí la metáfora de la competición entre la vida en tanto procreación, y la muerte. Esta metáfora se torna más adelante en una batalla, una guerra, en la que la sexualidad normativa, el sexo procreativo, lleva las de ganar: “Pero aquí la vida crapulosa está derrotando a la muerte y surgen niños de todas partes, de cualquier hueco o vagina como las ratas de las alcantarillas cuando están muy atestadas y ya no caben” (VALLEJO, 2006: 75) Las ratas provienen del lugar de lo abyecto, de las cloacas. En esta comparación, las ratas son las nuevas vidas y las cloacas, las vaginas. Vallejo invierte irónicamente los lugares de la abyección y de la normatividad.

Como afirma María Mercedes Jaramillo, “Las generalizaciones irreverentes y los exabruptos tienen como objeto socavar convenciones ideológicas falaces en sociedades patriarcales que han mitificado la maternidad y la proliferación como ideales a seguir y que realmente buscan reforzar la familia, la propiedad y el *statu quo*” (JARAMILLO, 2000: 412)

De esta forma, en el contexto de la novela la muerte vendría a corregir o componer el error de la vida y a terminar con los pesares de ésta: “No, si esta vida no es cualquier canto de pajaritos, yo siempre he dicho y aquí repito, y que el crimen no es apagarla, es encenderla: hacer que resulte, donde no lo había, el dolor” (VALLEJO, 2006: 70)

La clave está, como se anticipó, en que la procreación, y el acto de dar vida son vistos como una imposición involuntaria, como lo es también el bautismo y el acto de dar nombre. Por eso, el narrador afirma de manera irónica: “Es que la vida es así, cosa grave, parcero. Por eso vuelvo y repito: no hay que andar imponiéndola. Que el que nazca nazca solo, por su propia cuenta y riesgo y generación espontánea” (VALLEJO, 2006: 88).

Desde esta perspectiva desestabilizadora, la vida es una imposición, una violencia ejercida sobre el más débil, sobre el aún inexistente. Si la vida es un mal, la imposición de la vida es un pecado más terrible que el asesinato, que vendría a ser como una imposición de la muerte. Como afirma Gastón Alzate, “el reaccionarismo literario de Vallejo también tiene una dosis anticlerical, pues de alguna manera usa una retórica moral invertida, una suerte de contra-evangelio” (ALZATE, 2008: 8).

En efecto, el racismo de Vallejo es irónico. Ataca las formas de la sexualidad normativa: se enamora de un sicario adolescente, y erige ese amor en el mejor posible, en el centro, en su centro, reubicando en el lugar de lo abyecto a la sexualidad reproductiva, procreativa. Y la mirada, la perspectiva, en *La virgen de los sicarios*, es abyecta y marginal: un viejo gramático homosexual que vuelve a Colombia a morir.

Asimismo, esta oposición entre vida y muerte y su consecuente inversión de valores (positivos y negativos) resulta una crítica sumamente irónica a la generalizada violencia de Colombia y su relación con la pobreza y delincuencia:

...compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. Ganas con ganas a ver cuál puede más. En el momento en que escribo el conflicto aún no se resuelve: siguen matando y naciendo. A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida... Ya habrá matado a alguno y lo van a matar (VALLEJO, 2006: 28).

Se trata, en efecto, de una crítica al poco valor que se le otorga a la vida y a las personas, menos aún si éstas son de clase baja, gente de las comunas. El amor de Fernando

por Alexis, primero y por Wílmар, después, contrasta con la poca importancia que se le otorga a la vida en la Medellín que pinta la novela. El amor de Fernando humaniza a Alexis, le da entidad y lo convierte en una vida que puede ser llorada, una persona a quien se puede recordar arrebatándosela al olvido que se extiende por todo Medellín: “La fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol” (VALLEJO, 2006: 40). Así, cuando Alexis muere, Fernando les quita el cadáver a los curiosos ya acostumbrados al espectáculo de la muerte en las calles de la ciudad. Ésa es su forma de retribuir a Alexis el regalo de rebautizarlo: sustraerlo del olvido común:

Entonces entendí lo que tenía que hacer: llevármelo, sustraerlo de la curiosidad infame pretendiendo que estaba herido antes de que nadie dijera que estaba muerto. Para privarlos del espectáculo del levantamiento del cadáver que es el que nos toca dar a los morimos en la vía pública, y que tan íntimo gozo les produce a los que creen que siguen vivos porque están de pie arremolinados, con su vileza en torno. (VALLEJO, 2006: 83)

Conclusión

A modo de conclusión, puedo decir que Vallejo en *La Virgen de los Sicarios* socava los lineamientos de la sexualidad normativa a fuerza de exabruptos que provocan la inversión de las normas establecidas en cuanto a lo sexual. En el origen de la homosexualidad y su patologización, todo acto no procreativo era considerado anormal, desviado (DORLIN, 2009:34). Vallejo invierte la fórmula convirtiendo a la heterosexualidad procreativa, al sexo reproductivo en el único perverso y causante de todos los males de la sociedad.

Por otro lado, en los dos momentos en los que se acuesta por primera vez con Alexis, primero y con Wílmар, después, la elisión del acto sexual impide que se le otorgue un sentido al mismo, un orden que resultaría asimismo una imposición, como el sentido que la gramática u otras ciencias muchas veces intentan imponer sobre la realidad: “Cualquier sociólogo chambón de esos que andan por ahí analizando en las consejerías para la paz, concluiría de esto que al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma. ¡Qué va! Es que el idioma es así, de por sí ya es loco” (58) El orden resulta una imposición, y como tal, un acto de violencia, así como el bautismo. Y Fernando quiere vivir y morir de la misma manera, en “uno de esos botaderos de cadáveres con platanar y prohibición expresa, escrita, para violarla” (VALLEJO, 2006: 48).

Cuando Alexis muere, Fernando valoriza esa muerte sustrayéndosela al olvido. Al mismo tiempo, cuando Alexis lo nombra a Fernando, en el momento de su muerte, redime al personaje del infierno de este mundo. El narrador elige ése como su bautismo, un acto de amor desinteresado, y reniega de la normalización del acto de imposición religioso. El acto adánico de Alexis de dar nombre a Fernando libera a éste de las imposiciones, de la “camisa de ataúd por la fuerza” (VALLEJO, 2006: 48), y lo deja cambiado, otro, diferente, *queer*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALZATE, Gastón (2008), “El extremismo de la lucidez: San Fernando Vallejo”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIV, núm 222, pp. 1-15
- BUTLER, Judith (1990), *Gender Trouble. Feminism and the subversion of identity*, Nueva York, Routledge.
- DÍAZ-SALAZAR, Victoria Orella (2008), “Más allá de la ciudad letrada. El intelectual, la ciudad y la nación en *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo”, *Cauce revista internacional de filología y su didáctica*, núm. 31, pp. 275-292.
- DORLIN, Elsa (2009), *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- FERNÁNDEZ L'HOESTE, Héctor (2000), “La Virgen de los Sicarios o las visiones dantescas de Fernando Vallejo”, *Hispania*, vol. 83, No 4, pp. 757-767
- JARAMILLO, María Mercedes (2000), “Fernando Vallejo: desacralización y memoria” en María Mercedes Jaramillo et al. (ed.), *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Diseminación, cambios, desplazamientos*. Vol 2, Bogotá: Ministerio de Cultura, pp. 407-439.
- JÁUREGUI, Carlos y SUÁREZ, Juana (2002). “Profilaxis, traducción y ética: la humanidad “desechable” en *Rodrigo D, no futuro, La vendedora de rosas, y La virgen de los sicarios.*”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, núm 119, pp. 367-392.
- JOSET, Jacques (2010), *La muerte y la gramática. Los derroteros de Fernando Vallejo*, Buenos Aires, Aguilar.
- VILLENA GARRIDO, Francisco (2005), *Discursividades de la autoficción y topografías narrativas del sujeto posnacional en la obra de Fernando Vallejo*, The Ohio State University Press.
- VALLEJO, Fernando (2006), *La Virgen de los Sicarios*, Madrid, Punto de Lectura.

Pour citer cet article: Rubino, Atilio (2013), “Muerte y procreación: Fernando Vallejo y los ataques a la sexualidad normativa”, *Lectures du genre n° 10*, p. 132-138.